

## EL SIMBOLISMO DEL TRÍPODE EN LA GRECIA HOMÉRICA

SUSANA REBOREDA MORILLO

*Universidad de Vigo (Campus de Ourense)*

### RESUMEN

A través de los poemas homéricos es posible establecer una categoría de bienes que, en la Edad Oscura griega, circulaban entre las distintas familias aristocráticas en una suerte de economía de prestigio. Estos bienes no son objeto de intercambios comerciales, sino que los mecanismos de su circulación responden a pautas de comportamiento aristocrático alejadas de planteamientos estrictamente económicos. En relación con esto, la mayoría de estos bienes tienen una clara vinculación con lo religioso. Un caso especial lo constituyen los trípodes de bronce, que aparecen desprovistos inicialmente de un significado religioso que adquieren posteriormente precisamente por su condición de bienes de prestigio.

### RÉSUMÉ

Il est possible d'établir, dans les poèmes homériques, une catégorie de biens que, à l'Âge Obscur grecque, circulaient parmi les familles aristocratiques en sorte d'économie de prestige. Ces biens ne sont pas l'objet d'échanges commerciaux: les mécanismes de leur circulation répondent à des règles de comportement aristocratique éloignées de mises en oeuvre strictement économiques. La plupart de ces biens ont un clair lien avec le religieux. Un cas spécial est constitué par les trépieds en bronze, qui apparaissent dépourvus initialement d'un signifié religieux, qu'ils acquièrent postérieurement justement par leur condition de biens de prestige.

### 1. LA ECONOMÍA DE PRESTIGIO EN LA EDAD OSCURA GRIEGA

A través de los poemas homéricos es posible investigar ciertos aspectos fundamentales de la Edad Oscura griega y así lo demostró M.I. Finley en su obra ya escrita hace más de cuatro décadas, pero todavía vigente, titulada *El mundo de Odiseo*. La peculiaridad de estos poemas y la escasez de fuentes escritas para el periodo redundan en la necesidad de contrarrestar los datos homéricos con toda la información a nuestro alcance, tanto en lo que se refiere a la arqueología, como, y de forma muy especial, a la antropología, rama del saber que contribuye no sólo a una mayor aproximación en el estudio de ciertos aspectos, como los vínculos del parentesco o las pautas iniciáticas, sino que también facilita la comprensión de sociedades regidas por parámetros diferentes a

los incluidos en nuestra cultura occidental ya a las puertas del siglo XXI.

El tema que me interesa exponer en esta ocasión se incluye en el apartado de la economía, pero de una economía imposible de desvincular del estudio de las relaciones sociales ni, por supuesto, del marco religioso, que, como veremos, determina muchas formas de comportamiento en un mundo en el que el valor de las mercancías no parece coordinado por la ley de la oferta y la demanda, realidad que conocemos mejor a partir del estudio de los mal llamados “primitivos-actuales”. Se trata de la “economía de prestigio” o “economía del don y contradon”<sup>1</sup>, que a grandes rasgos podríamos resumir como basada en la acumulación de determinados objetos cuya finalidad más inmediata era el atesoramiento, aunque en un plazo más o menos largo esa mercancía debería volver a circular. La forma más usual de transmisión era el don que se establecía entre círculos restringidos de una misma categoría social, que en el acto de regalar buscaban su propia perpetuación. No me voy a extender en este tema que ya he tratado en una anterior comunicación recientemente publicada<sup>2</sup>, aunque sí explicar que continúo profundizando en el estudio de los *agal Malta* -esa noción de valor en su empleo más antiguo- que abordó Gernet en su magnífico artículo “La noción mítica del valor en la Grecia Antigua”<sup>3</sup>.

En este artículo me propongo estudiar las posibles vinculaciones del valor de los bienes de prestigio con el mundo sagrado, es decir su dependencia o no con respecto al mundo divino y analizar de forma especial uno de ellos, el trípode, que ha llamado mi atención, ya que si por una parte era un objeto de uso cotidiano, por otra colaboraba a través de diferentes vías al aumento del prestigio de sus poseedores; a pesar de que, al menos en sus inicios, no manifiesta una especial vinculación con el plano cultural, aunque, en su evolución simbólica tenderá a identificarse cada vez más con el mundo divino, hasta convertirse en un signo de Apolo y su actividad oracular, una de las más emblemáticas de esta divinidad. Lo que aquí pretendo exponer es el origen del “valor” de este curioso bien, que según todos los indicios abrirá el camino de una futura investigación que auguro prometedor y para la cual se admiten y agradecen todo tipo de sugerencias.

<sup>1</sup> M. Mauss, *Sociología y Antropología*, sobre todo “Ensayos sobre los dones. Motivo y formas de cambio en las sociedades primitivas”, pp. 153 – 263, Madrid, 1974. C.A. Gregory, *Gifts and Commodities*, Londres, 1982. Una obra más reciente para el caso griego es la de Sitta von Reden, *Exchange in Ancient Greece*, Londres, 1995.

<sup>2</sup> “Los *agal Malta* en los poemas homéricos” en *Homenaje al Prof. F. Gascó*, Sevilla 1997, pp. 107 – 114.

<sup>3</sup> L. Gernet, *Antropología de la Grecia Antigua*, Madrid, 1984, pp. 85 – 122.

## 2. OBJETOS DE PRESTIGIO

Los poemas homéricos y los hallazgos arqueológicos, permiten determinar cuáles eran los principales bienes que integraban la economía de prestigio, así como los cauces legítimos para adquirirlos. La contextualización y el uso que se hace de esas mercancías nos llevan en muchos casos a su conexión con lo divino, por lo que es muy probable que fuera su connotación sacra la que les permitiese ser considerados objetos privilegiados.

Las principales formas de obtención riqueza se establecían a través del botín de guerra en los enfrentamientos con el enemigo y en un contexto más amistoso se enmarcan los premios en los juegos agonísticos, las recompensas y los regalos que sellaban ciertas relaciones como la hospitalidad y el matrimonio. Me propongo analizar los principales bienes y contextos que contribuían a definir la categoría de un *aristos* (esquema I).

*La Ilíada*, por su **temática bélica**, ofrece un marco incomparable para el análisis de aquellos bienes más codiciados por los ilustres guerreros. En primer lugar, se sitúan las armas del enemigo derrotado, quizás por constituir la prueba más absoluta no sólo de la victoria personal, sino también de la humillación ajena. Entre las armas, al igual que ocurría con el resto de los objetos, se establecía una jerarquía determinada por las materias primas empleadas en su fabricación y sobre todo por su trayectoria, que se afianzaba a medida que circulaban e incrementaba su valor al adquirir la nobleza de sus propietarios. También en el campo de batalla y en una línea conceptual muy similar a la de las armas, se procura arrebatar al bando contrario los equinos y sus carros; el interés será más insistente con aquéllos que muestren lazos con las divinidades: los caballos de Aquiles eran inmortales (X, 305-400 y XXIII, 276-78) y habían sido regalados por Posidón a Peleo como presente de bodas, los de Eneas pertenecían a la raza de los entregados por Zeus a Tros en pago por Ganímedes; entre las yeguas destacan, por ejemplo, las conducidas por Eumelo, que habían sido criadas por Apolo (II, 762-8). Una vez finalizada la contienda, al vencedor, en función de su estatus, le correspondían una serie de bienes en el reparto del botín: además de los mencionados, ocupan un lugar destacado las mujeres –conocedoras de labores sin tacha– y los objetos de metal; datos que coinciden con la oferta, descrita como “un presente de honor”, que en medio de la batalla realiza Agamenón a Teucro si llegan a vencer a los troyanos: “un trípode o dos caballos con su carro y todo, o una mujer que subirá al mismo lecho que tu” (VIII, 288-91)<sup>4</sup>. Sin duda con la victoria llegaba el asolamiento del pueblo vencido incluyendo el expolio de una gran variedad de bienes, así por ejemplo se describe a Aquiles “alegrando su

<sup>4</sup> Traducción de C. Rodríguez Alonso. Ed. Akal / Clásica.

corazón con la sonora lira, hermosa, primorosamente ornada, sobre la que iba un puente de plata”, instrumento que había obtenido en el saqueo de la destruida Eetión (IX, 187-8).

Una segunda forma de circulación de objetos de prestigio se establecía a través de los abundantes **concursos agonísticos**, celebrados en ocasiones en ceremonias rituales, como en el caso de los Juegos Fúnebres, pero también por simple ánimo competitivo: obtener el primer premio equivalía simplemente al reconocimiento público de “ser el mejor” y el objeto se transformaba en la instantánea del momento de la victoria.

En la *Iliada* se recoge una excelente descripción del tipo de mercancías que podrían lograrse, a través de las competiciones que Aquiles convocó como muestra de duelo por la muerte de su amigo Patroclo, una vez que el cadáver se consumió en la pira (canto XXIII). La descripción de los Juegos es interesante, ya que establece categorías no sólo entre los distintos concursos, sino también entre los premios, lo que permite subrayar la mencionada existencia de jerarquías.

En primer lugar, se cita la carrera de carros (266-652). Su gran importancia se manifiesta no sólo en el número elevado de versos que ocupa frente al resto, sino también en la cantidad de participantes, en total cinco, que recibirán, en función del resultado, los siguientes premios: 1º Una mujer, conocedora de labores sin tacha y un gran trípode con asas de 22 medidas, 2º una yegua preñada de seis años sin domar, 3º una caldera nunca puesta al fuego, 4º dos talentos de oro y el 5º una vasija desconocedora del fuego.

A continuación se celebran otros concursos que incluyen los siguientes premios. En el pugilato (654-699) el ganador se llevará una mula de seis años sin domar, tenaz para la labor y el perdedor una copa de doble fondo; en el campeonato de lucha (700-739) el primero ganará un gran trípode equivalente en valor a doce bueyes y el otro una mujer diestra en muchas labores valorada en cuatro bueyes. En las carreras de velocidad (740-797) el vencedor adquirirá una cratera de plata, el 2º un gran buey rebosante de grasa y el 3º medio talento de oro. En el apartado de la lucha con lanza (798-825), el 1º una espada tracia obtenida en la guerra de Troya, además el ganador y el perdedor deberían repartirse una serie de armas que Patroclo había arrebatado a un enemigo: una espada, un escudo y un yelmo. También ambos serán invitados a un banquete. Aquel que logre arrojar más lejos (826-849) un bloque de hierro “en bruto” que proporcionaría metal para más de cinco años, se convertiría en su dueño. En el concurso del tiro al arco (850-883), el ganador se llevará diez hachas de doble filo, mientras que el perdedor se quedaría con otras diez de un solo filo. Finalmente, el que alcance una mayor distancia al arrojar la lanza (884-897), obtendrá una lanza, mientras el segundo una caldera sin estrenar, del valor de un buey, ornada con flores.

A simple vista es posible englobar todos los objetos mencionados en tres grupos coincidentes con los intereses ya expuestos en el botín de guerra: metales (bronce, plata, oro e hierro) y objetos de metal (trípodes, armas, copas y calderas); mujeres, caballos y animales de sacrificio y labor -bueyes y mulas-. Situación que evoca la descripción de Aquiles en el momento de convocar a los aqueos para los Juegos: "Sacó de las naves como premios trébedes, caballos, mulos, corpulentas cabezas de bueyes, mujeres de hermosa cintura y grisáceo hierro" (260-262). Adelantando acontecimientos, si establecemos una jerarquía podemos concluir que uno de los premios más importante es el trípode, el único que en dos ocasiones ocupa el primer lugar.

Un tercer contexto en el que es posible apreciar la reiteración de los mismos objetos lo he englobado bajo el epígrafe de **recompensas**, como la que Héctor ofrece al voluntario que vaya a espiar en la noche el campamento de los griegos: el carro y los caballos más veloces del bando enemigo -los de Aquiles- (X, 305-325). Por su parte, Agamenón ofrece a Aquiles para compensarle por la ofensa cometida a su honor al arrebatarle a Briseida: siete trípodes nunca puestos al fuego, diez talentos de oro, veinte calderas de color fuego, doce vigorosos caballos ganadores de certámenes, siete mujeres -"expertas en irreprochables labores"- y a la propia Briseida tras jurar que no la había tocado; además un buen botín cuando logren vencer a Troya (oro y mujeres) y casarse con una de sus hijas a la que asignaría una gran dote con siete buenas ciudades (IX, 121-157). Otro ejemplo son los regalos que ofreció Príamo a Aquiles por el rescate del cadáver de su hijo Héctor: doce velos, doce mantos sencillos, doce tapetes y doce túnicas; también diez talentos de oro, dos trípodes, cuatro calderos y una copa muy bella que los tracios le entregaron como presente (XXIV, 282-235).

Otro marco interesante para el estudio de estos objetos es el de la **institución de la hospitalidad**, en la que entre huésped y anfitrión sellaban, mediante un regalo, una relación de amistad y dependencia que se heredaría de padres a hijos. La *Odisea* ofrece un marco incomparable para el estudio de estos lazos. El ejemplo más significativo es el de Odiseo en Feacia, lugar donde recibe la tan ansiada ayuda para regresar a su país tras veinte años de ausencia; antes de partir los habitantes del lugar le otorgan los presentes de hospitalidad, así, además de vestidos, mantos, una copa de oro y una espada de bronce con puño de plata y vaina de marfil; Alcínoo, tras conocer su verdadera personalidad, sugiere que cada noble varón añada un gran trípode y una caldera (XIII, 7-15). Menelao ofrece a Telémaco caballos y un carro, una copa de oro y una crátera de plata con bordes de oro, realizada por Hefesto, que se la había entregado Sidón como anfitrión; por su parte, Helena le entrega un *peplos* para que su futura mujer se lo ponga en el día de su boda (XV, 120-129). Es Odiseo quien hablando con su padre enumera los siguien-

tes objetos entregados como don de hospitalidad: una espada de bronce, un manto, una túnica, siete talentos de oro, una cratera de plata, doce mantos de lana y doce de lino con sus túnicas, doce tapetes y cuatro bellísimas mujeres (XXIV, 271-278).

En general, la noción de valor aparece determinada por dos elementos básicos: su material y su genealogía; una tercera característica, no menos importante, era su vinculación religiosa, tema que abordo a continuación.

### 3. EL SIMBOLISMO DE LOS OBJETOS. SU DEPENDENCIA CON EL MUNDO DIVINO

Acabamos de referirnos a una serie de bienes que se repiten en distintos contextos reflejando una misma realidad: la existencia de un proceso selectivo que establece una jerarquía de "valor" al elevar a determinados objetos de uso cotidiano por encima de los demás. Dejando a un lado a las mujeres, los animales y las armas, el resto de las mercancías mencionadas originariamente habían sido concebidas para servir a un fin eminentemente práctico -la copa para beber, el trípode y el caldero para calentar, la cratera como pequeño contenedor...-, pero una vez que traspasan este contexto cotidiano, para convertirse en bienes privilegiados, se vacían del contenido real -sin estrenar- para adquirir otro simbólico que representa el estatus de su poseedor y que se amplía en la medida en que circula.

Intentar definir el porqué de estos objetos y no otros no es tarea fácil, aunque sí es posible establecer unas pautas que nos aproximen a las causas de tal elección, sin olvidar el indudable componente de satisfacción estética. Un primer apunte nos lleva al hecho de que la mayoría son de metal, material muy apreciado en un contexto de economía auto-suficiente, centrada en el *oikos*, que procura producir todo lo que consume y que debe buscar en el exterior esta materia prima que en el conjunto de Grecia escasea, de hecho sus fuentes de suministro se encontraban básicamente en el extranjero, en Asia Occidental y Europa central<sup>5</sup>; también la genealogía de los sucesivos propietarios contribuía al aumento de su estimación. Pero además de estas características comunes, existen otros factores que de forma individual relacionan a ciertos objetos con el mundo divino y cuya estimación, apreciable en su simbolismo, es sólo posible desde la comprensión de la cultura que la genera.

Empecemos por las crateras y las copas, introducidas en el plano religioso a través de las libaciones que en multitud de ocasiones se dedican a los dioses, ofrendas de un vino que no debería beberse en estado puro, sino rebajado con agua. Las referencias constantes nos indican

<sup>5</sup> M.I. Finley, *El Mundo de Odiseo*, México, 1961.

que las cráteras eran el lugar indicado para realizar esta mezcla ritual y en las lujosas copas se vertía este líquido para beberlo sólo una vez que se había ofrecido a la divinidad. Son abundantes los ejemplos sobre el tema, aunque quizás el más expresivo sea esta descripción de la *Ilíada* que transcribo literalmente a continuación:

“Áquiles se puso en camino hacia su tienda y allí abrió la tapa de un cofre hermoso y labrado, que Tetis, la de los pies de plata, le había puesto en la nave para que se lo llevara bien repleto de túnicas y mantas, protectoras de los vientos, y de tapices de lana. Allí había una copa primorosamente trabajada de la que ningún otro mortal bebía vino de color fuego y de la que a ningún otro dios hacía libaciones, si no era a Zeus padre. Esta copa, pues, sacó del cofre y purificóla primero con azufre y limpióla después en hermosos chorros de agua. Se lavó él también las manos y fue a sacar el vino de color de fuego. Finalmente, de pie en medio del recinto, con los ojos levantados al cielo, derramó el vino e inició la plegaria”.

XVI, 220-238

Esta vinculación con lo divino provoca que los objetos adquieran un carácter sacro, así, por ejemplo, cuando aqueos y troyanos deciden realizar un juramento que legitime la decisión de confiar el resultado final de la batalla a un combate singular entre Paris y Menelao, los heraldos además del vino y las víctimas del sacrificio, llevan también “una reluciente crátera y copas de oro” (III, 248-250).

Algo similar sucede con los tejidos que, a diferencia de los ejemplos anteriores, se fabricaban siempre por las mujeres del propio *oikos*, en este caso su valor se establecía en función de las manos que lo habían confeccionado y, una vez más, las materias primas empleadas. Así, por ejemplo, Helena había realizado el *peplos* que entregó a Telémaco y lo mismo se especifica con alguna de las túnicas que Areta regala a Odiseo. Un regalo pues que podríamos calificar como típicamente femenino, al igual que sucede con la consagración de tejidos a las diosas y así se indica en la sugerencia que Héctor hace a su mujer en el momento en que los hombres de Troya se encuentran entregados a la lucha:

“Tú vete al templo de Atenea la apresadora del botín, tras reunir a las ancianas. Y el peplo que más hermoso y grande tengas en el palacio y te sea el más querido, ponlo en las rodillas de Atenea la de hermosa cabellera y prométele que le inmolarás en su templo doce novillas de un año, desconocedoras de la aguija-

da, a ver si se apiada de la ciudad, de las esposas de los troyanos...”.

VI, 270-278

Respecto a las armas, a pesar de que mantienen su función originaria y aumentan su prestigio con el incremento de la gloria de sus portadores, también aparecen estrechamente vinculadas con los dioses y esta relación estriba en su propio origen; las armas de Aquiles, fueron fabricadas por el propio herrero divino (XVIII, 473-620), en muchos otros casos el último eslabón de una serie de intercambios nos llevaba a una divinidad concreta. Así, por ejemplo, Quirón entregó a Peleo “por causar la matanza entre los héroes” una lanza de fresno procedente de la cumbre del Pelión (*Il.* XVI, 140-145) y el emblemático arco de Odiseo había sido un regalo de Apolo a Eurito (*Od.* XXI, 13-38). Además de su procedencia, las armas adquieren propiedades talismánicas, convertidas en signos de los que mana una eficacia sobrenatural imposible de separar de las fuerzas divinas y de la protección que, en determinados casos, ofrecían a los seres mortales.

En resumen, la economía de prestigio de la Edad Oscura griega establece una jerarquización entre objetos que “son al mismo tiempo materia e instrumento de un comercio humano y religioso”<sup>6</sup> fruto de su participación en los dos mundos: en el humano, por ser bienes de lujo, exhibidos por su valor mercantil y que determinan el estatus de sus propietarios y en el divino, por las implicaciones mitológicas y rituales que representa.

Entre todos los objetos, el trípode muestra una serie de peculiaridades que justifican un análisis más específico.

#### 4. UN CASO SINGULAR. EL TRÍPODE

El trípode griego es, como su nombre indica, un soporte con tres pies al que en general va unido un recipiente, un caldero o *lébes*. Ya en época micénica se localiza algún ejemplar<sup>7</sup>, además aparece representado en las tablillas y su denominación es asombrosamente similar al nombre griego: *ti-ri-po-de*<sup>8</sup>. Pocos son los datos que conocemos sobre este objeto en la mencionada época, salvo que se consideraba lo suficientemente importante como para figurar entre las listas de bienes que administraba el palacio. Es probable que su función fuera la misma que se describe en las obras homéricas, en las que como objeto de uso coti-

<sup>6</sup> L. Gernet, “La noción de ...”, *Op. cit.* P. 117.

<sup>7</sup> H. Schlieman, *Catalogue de trésors de Mycènes au Musée d'Athènes*, p. 360, 1882.

<sup>8</sup> J. Chadwick, *Linear B and Related Scripts*, Londres, 1987.



diano se empleaba para calentar agua, en general con la finalidad de darse un baño (*Il.*, XXII, 443 y XXIII, 38; *Od.*, VIII, 435). Así, por ejemplo, cuando Circe, tras las amenazas de Odiseo, decide tratarle a él y a sus compañeros como huéspedes, ordena a sus siervas que dispongan de todo lo necesario para honrarlos y al referirse al baño lo hace en los siguientes términos:

“... con el agua la cuarta -sierva- venía. La echó en gran caldera y encendió vivo fuego debajo del trípode. Apenas el calor hirvió en el bronce brillante, invitóme a ir al baño y, sacando aquel agua en hervor, con la fría mezclaba a placer; sobre mí por la cabeza y por los hombros la vertió y el cansancio roedor extirpó de mis miembros”.

*Od.* X, 355-364<sup>9</sup>

La misma función, aunque en un contexto diferente, se refleja en el momento en que Aquiles ordena a sus camaradas que coloquen un gran trípode al fuego, con el fin de limpiar del cuerpo de Patroclo la sangre de las heridas (XVIII, 343-8).

Más allá del baño, es decir del uso cotidiano, no he logrado encontrar ninguna referencia que reclame, en el plano simbólico, una vinculación del trípode con los dioses, si exceptuamos que los olímpicos también lo utilizaban, aunque no se especifique con qué finalidad; en cualquier caso parece claro que el mero reconocimiento de su presencia en las estancias divinas no deja de ser otra forma de singularizar este prestigioso objeto. Así se describe a Hefesto, el herrero divino, fabricando unos trípodes muy especiales, en el momento en que Tetis se dirige al Olimpo para pedirle las armas de Aquiles:

“Lo halló sudoroso, yendo y viniendo alrededor de los fuelles, con prisas, pues estaba forjando veinte trípodes en total, para instalarlos en el contorno de la pared de la sólida casa. Había colocado bajo la base de cada uno unas áureas ruedas, para que por sí solos entraran en la reunión de los dioses y de nuevo regresaran a casa: ¡una maravilla para la vista! Tenían la configuración definitiva, pero las primorosas asas no estaban aún adheridas: las preparaba y forjaba las grapas”.

*Il.* XVIII, 372-378<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Traducción de José Manuel Pabón. Ed. Biblioteca Clásica Gredos.

<sup>10</sup> Traducción de Emilio Crespes Güelles. Biblioteca Clásica Gredos.

La razón de aislar al trípode del resto de los objetos de lujo obedece a que en principio no alcanza dicha categoría por su significado religioso; sin embargo, en su posterior evolución, se observa una progresiva aproximación con el mundo divino, no por esa realidad, más compartida, de constituirse en una importante ofrenda a dioses –numerosos hallazgos en Delfos y Olimpia–, sino por alzarse como símbolo de la divinidad oracular por excelencia, me estoy refiriendo, como no, a Apolo y a su santuario en Delfos. Así, en el caso del trípode podemos afirmar que antes de adquirir un carácter sacro destacó como mercancía de prestigio, motivo que posiblemente le llevó a su posterior consagración.

¿Qué otros datos objetivos podemos extraer sobre el significado del trípode en la Edad Oscura griega? En primer lugar, su antigüedad, ya vimos que aparece atestiguado en época micénica. En segundo lugar, a raíz de los datos expuestos, podemos confirmar que en las jerarquías establecidas entre los distintos bienes ocupa un lugar muy destacado, a pesar de no reconocerse una imbricación con lo sacro. Así, su presencia se constata en todos los contextos de adquisición legal, ocupando la categoría de primer premio en diversos concursos agonísticos y de forma muy especial en las carreras de caballos. De hecho, siempre que se desea subrayar la calidad de estos apreciados animales, se especifica que han ganado algún trípode (*II*. XI, 699-703 y XXII, 163-168). Además, es el único objeto que se ofrece dos veces como primer premio, en la carrera de carros unido a una mujer; sin embargo, en el contexto de la lucha, la mujer es el premio del perdedor y se especifica que la diferencia entre ambos es de ocho bueyes a favor del trípode.

Hesíodo también subraya la importancia de este objeto como premio en dos ocasiones, en una de ellas se refiere a un certamen entre poetas en Calcis, al que él mismo acudió y obtuvo como premio por su himno un trípode de asas que, especifica, dedicó a las Musas del Helicón, inspiradoras de su canto<sup>11</sup>. Se trata de la primera prueba textual del uso votivo de este objeto, situación que en momentos muy próximos se generalizaría. De hecho, en época clásica, se convirtió en el premio de los concursos entre los coros de las tribus atenienses y siempre para ser consagrados inmediatamente a la divinidad<sup>12</sup>. La segunda mención de Hesíodo se inscribe también en una carrera de carros, en este caso el trípode era de oro y había sido construido por Hefesto<sup>13</sup>.

Además de esta identificación con la victoria agonística, el trípode se menciona en otros contextos: en la oferta que Agamenón hace a Aquiles como recompensa para que éste regrese al combate, entre los presentes que Príamo regala a Aquiles con la finalidad de que éste le devuelva el cadáver de su hijo (XXIV, 234) y de forma muy especial en

<sup>11</sup> *Trabajos y Días*, 654.

<sup>12</sup> D.-S., D.A., vol. V, 1919, voz *tripus*, pp. 474 – 482.

<sup>13</sup> *Escudo*, 300 – 313.

los dones que sellan lazos de hospitalidad. Así, una vez que Odiseo ha desvelado su verdadera personalidad y como un aedo ha narrado a los feacios sus propias hazañas, Alcínoo propone aumentar los presentes con un trípode y una caldera por cada noble, al tiempo que especifica que todo el pueblo tendrá que contribuir, pues “no es regalo para un solo hombre” (XIII, 7-15). También Menelao propone acompañar a Telémaco a visitar otros lugares, asegurándole que no regresarán sin bienes y mencionando de forma expresa “hermosos trípodes de bronce, calderas, yunta de mulos o alguna copa de oro” (*Il.*, XV, 80-85).

Una vez más, los datos apuntan a la elevada consideración del trípode entre los objetos de prestigio, aunque este aprecio no podamos vincularlo más que a la gran cantidad de metal que representa, a su contacto directo con el fuego y al ritual del baño, que no es equivalente a la obligación de lavarse las manos antes de realizar una ofrenda a los dioses<sup>14</sup>. Tampoco en este caso deseamos olvidarnos de la simple aceptación estética, el trípode admite muchas variantes, tanto en materiales, como en formas y decoraciones.

En principio no es posible demostrar la vinculación del trípode a Apolo en la Edad Oscura griega. En los poemas homéricos, la actividad oracular se centra en el santuario de Zeus en Dodona (*Il.* XVI 233, *Od.* XIV, 327 y XIX, 296), mientras que Apolo es esencialmente una divinidad relacionada con el canto de las Musas, de hecho su actividad oracular es mencionada una sola vez (*Od.*, VIII, 79-82) y muchos filólogos caracterizan esos versos de la *Odisea* como una intromisión posterior, ya que, a pesar de su antigüedad, el prestigio internacional del Delfos profético se constata a partir de la época clásica<sup>15</sup>.

En su evolución simbólica el trípode pasó de ser un objeto de lujo esencialmente profano a convertirse en un signo imbricado en el mundo divino, bajo múltiples aspectos. El más emblemático: su unión con el Apolo delfico, en cuyo santuario los trípodes marcados en la roca o clavados en el suelo delimitaban el espacio sagrado, además era el lugar sobre el que la Pitia se sentaba para “hablar por la boca del dios” y se utilizaba como recipiente de amuletos en ritos relacionados con la adivinación. En un plano más humano, el trípode confirmó su importancia en los concursos agonísticos, pero también adquirió un carácter de ofrenda votiva que se relaciona con la victoria, ya sea en un concurso (Pausanias, X, 76) o en el campo de batalla (Tucídides I, 132,2). No es por ello extraño que este bien haya quedado inmortalizado, a través de su aparición en mitos y leyendas, como la del trípode de los siete sabios o la lucha mantenida entre Heracles y Apolo por el trípode delfico.

<sup>14</sup> “Nunca al amanecer libes vino rojizo a Zeus, con las manos sin lavar”. Hesíodo, *Trabajos*, 724-5.

<sup>15</sup> A. Heubeck, S. West y J.B. Hainsworth, *A Commentary on Homer's Odyssey*, vol. I, Oxford, 1991. Su época de mayor esplendor se sitúa entre los ss. VI y IV.

A modo de resumen se puede concluir que en la Edad Oscura griega además de la economía autosuficiente, existía otra de prestigio basada en la acumulación de determinados bienes que los *aristoi* obtenían a través de diversas vías. En general, es posible descubrir en la selección de estos bienes, una afinidad con el plano cúltico que les proporcionaría su supremacía. Esta vinculación religiosa no ha sido posible determinarla en uno de los bienes más apreciados: el trípode. Un objeto fabricado con abundante metal que, colocado sobre el fuego, se empleaba básicamente para calentar el agua del baño y que se vaciaba de su significado al integrarse en esa economía de élite, en la que se especificaba que estaban "sin estrenar". Este fue el uso que prevaleció en su aproximación e identificación con el mundo divino. Pero ese, es otro apartado de su Historia.

## Esquema I

CONTEXTOSBIENES**Bélico****Agonístico**

Carrera de carros

Armas. Equinos y carros. Mujeres y objetos de metal

1º Mujer y trípode

2º Yegua preñada

3º Caldera sin estrenar

4º Dos talentos de oro

5º Vasija sin estrenar

Pugilato

1º Mula

2º Copa

Lucha

1º Trípode = 12 bueyes

2º Mujer = 4 bueyes

Velocidad

1º Crátera de plata

2º Buey

3º Medio talento de oro

**Agonístico**

Lucha / lanza

1º Espada tracia y botín compartido

2º Botín compartido

\* Botín: espada, escudo y yelmo

Lanzamiento

Bloque de hierro en bruto

Tiro al arco

1º Diez hachas de doble filo

2º Diez hachas de un filo

Lanzamiento

1º Lanza

2º Caldera

**Recompensas**

Espiar aqueos

Caballos y carro

Afrenta honor

7 Trípodas, 10 talentos de oro, 20 calderas, 12 caballos, 7 mujeres e hija en matrimonio

Cadáver hijo

12 velos, 12 mantos, 12 tapetes y 12 túnicas, 10 talentos de oro, 2 trípodas, 4 calderos y una copa

**Hospitalidad**

Feacia / Odiseo

Vestidos y mantas

Una copa de oro, una espada

Un trípode y una caldera por noble

Esparta / Telémaco

Caballos y carro

Una copa de oro, una crátera de plata

Un peplo

Itaca / Odiseo

Espada, siete talentos de oro

Un manto, una túnica, 12 mantos de lana y

12 de lino con sus túnicas, 12 tapetes 4 mujeres